

La Iglesia, continuidad de la . presencia de Cristo en el mundo

Don Luigi Giussani, ¿Por qué la Iglesia?, Segunda Parte, Capítulo 1, 2. El nexa con Jesucristo

La Iglesia se presenta en la historia ante todo como relación con Cristo vivo. Cualquier otra reflexión, cualquier otra consideración es consecuencia de esta actitud original. Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, describe el cuadro de un grupo de personas que ha seguido subsistiendo como comunidad desde los días de la vida terrena de Jesús en el período postpascual. Sin embargo, había habido toda clase de razones para que aquella congregación, nacida en torno a un hombre excepcional, se hubiese disuelto. Muerto Él, si hubiera sido destruida aquella presencia en torno a la que giraba su estar juntos, habría sido muy comprensible la dispersión definitiva del grupo de discípulos.

“El año 29 ó 30 de nuestra era, al tiempo de la Pascua judía, había tres cruces levantadas a las puertas de Jerusalén. En dos de ellas morían dos criminales de derecho común. La tercera estaba reservada a un agitador político, al menos según la inscripción que ostentaba el nombre del condenado y el motivo de su suplicio: "Jesús de Nazaret, rey de los Judíos". Eran muy frecuentes, por entonces, análogas ejecuciones; nadie les prestaba mucha atención. Historiadores y cronistas se hallaban demasiado atareados con otros asuntos para registrar los hechos y las gestas de pobres gentes que por razones a menudo fútiles eran condenados a la muerte en cruz. Así pues, la ejecución de Jesús hubiera pasado inadvertida y nadie la hubiera comentado, si algunos amigos y discípulos no hubieran visto, a los dos días, aparecer lleno de vida a aquel cuyo cuerpo habían depositado respetuosamente en un sepulcro nuevo”¹.

Esta plenitud de vida a la que alude la eficaz descripción de Bardy, es la clave de ese enigmático período que siguió a la desaparición de Cristo. Es, en efecto, el motivo por el que la muerte de aquel hombre, que había sido durante tres años la razón de su vida, sacudió ciertamente a sus discípulos y los dejó desorientados y confusos —tal como el mismo Jesús había predicho poco antes de morir: «Todos os escandalizaréis, porque está escrito: heriré al pastor y se dispersarán las ovejas» (Mc 14, 27)—, pero no los destruyó ni los dispersó dejándoles sin posibilidad de reencontrarse. Todo lo contrario: tras el primer momento de desconcierto comenzaron a reunirse, quizá más que antes, e incluso se les empezaron a agregar otros. A pesar del dolor y del miedo por las consecuencias de aquella ejecución, el cuadro que se extrae de los documentos es el de un grupo que se refuerza y adquiere

¹ Gustave Bardy, *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos*, p. 11, Ed. Encuentro, Madrid 1990.

consistencia. La percepción confusa de aquella vida ante la que después se encontrarían de frente cuando Jesús se les apareció resucitado, estaba soterradamente en el horizonte de sus convicciones. Algo que haría pensar a alguno de ellos: "¿Pero, de verdad todo ha acabado con su muerte?". Un recuerdo piadoso, sin embargo, no habría podido mantener unido a aquel grupo en condiciones tan difíciles y hostiles, ni siquiera aunque hubiese alentado en ellos el deseo de difundir las enseñanzas del Maestro. Para aquellos hombres, la única enseñanza que no podía ponerse en cuestión era que el Maestro estaba presente, que Jesús estaba vivo y esto es exactamente lo que nos han transmitido: el testimonio de la presencia de un Hombre vivo. El comienzo de la Iglesia es precisamente este conjunto de discípulos, este pequeño grupo de amigos, que tras la muerte de Cristo sigue estando unido igualmente. ¿Por qué? Porque Cristo resucitado se hace presente en medio de ellos.

Los discípulos, juntos, atestiguan que está vivo y presente aquel hombre cuyo misterio divino habían aprendido a reconocer gradual y lentamente, siguiendo una trayectoria de certeza progresiva por la que Él, como ya vimos², les había llevado. Nos advierten que Dios no ha venido al mundo, que no se ha establecido como hombre en la historia durante un momento pasajero, sin nexos, para ser recordado vagamente en una memoria abstracta del tiempo: Cristo sigue en la historia, en la vida del hombre, personal y realmente, con el rostro histórico y vivo de la comunidad cristiana, de la Iglesia. Con su existencia y con su testimonio aquellos primeros discípulos, aquel pequeño grupo de amigos, nos transmite que Dios no bajó a la tierra un instante que sería como un punto inaferrable para los que vinieran después de la época en la que Él estuvo en Galilea y en Judea. Dios vino al mundo para quedarse en el mundo: Cristo es el Emmanuel, Dios con nosotros.

Al leer el comienzo de los Hechos de los Apóstoles se entra en contacto con una convicción cierta de esta presencia. Se nos dice de inmediato que "Después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios" (Hch.1,3) y se especifica que estas apariciones no eran imaginarias porque aquellos coloquios tenían lugar, por ejemplo, «mientras estaba sentado con ellos a la mesa...»(Hch.1,4) Y este mismo tipo de observaciones acompaña a los relatos particulares de esas apariciones, que nos transmiten los evangelistas. Mateo narra el comprensible terror, ante el sepulcro vacío y la aparición de un ángel, de dos de las mujeres que habían seguido a Jesús, y observa que Él sale familiarmente a su encuentro y les dice: «¡Dios os guarde!» (Mt 28,9); Marcos observa que, tras haberse aparecido a distintas personas, Jesús se deja ver por los once discípulos mientras están juntos comiendo y les echa en cara que no hayan creído a los que le habían visto resucitado (Mc 16, 14). En la aparición que narra Juan, Jesús en la orilla del lago Tiberíades prepara las brasas para asar el pez que acaban de pescar milagrosamente (Jn 21); Lucas recoge la reunión de los discípulos donde se presenta Jesús y ante su espanto trata de tranquilizarles invitándoles a tocarle, a que se den cuenta de que es Él en persona, hasta que para convencerles pide algo de comer (Lc 24, 36-43). Son anotaciones que no tienen nada de solemne ni de teatral: atestiguan simplemente

² Cfr. L. Giussani, *Los Orígenes de la pretensión cristiana*, op. Cit., pp. 61-72.

que continúa una presencia familiar; son la traducción en hechos de la expresión «Dios con nosotros».

Hay por tanto una continuidad verdaderamente fisiológica entre Cristo y este primer núcleo de la Iglesia, y así es como este pequeño grupo de personas comienza su andadura por el mundo: dando continuidad a la vida del hombre Cristo, presente y actuante en medio de ellos.

La realidad de esta presencia, con la convicción que aquellos primeros discípulos quisieron transmitirnos, es todavía más evidente si continuamos leyendo los Hechos de los Apóstoles, en el episodio que se narra inmediatamente después, en el mismo capítulo primero:

«Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos.

Uno de aquellos días Pedro se puso en pie en medio de los hermanos —el número de los reunidos era de unos ciento veinte— y les dijo: "Hermanos, era preciso que se cumpliera la Escritura en la que el Espíritu Santo, por boca de David, había hablado ya acerca de Judas, que fue el guía de los que prendieron a Jesús. Él era uno de los nuestros y obtuvo un puesto en este ministerio. Este, pues, habiendo comprado un campo con el precio de su iniquidad, cayó de cabeza, se reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas. Y la cosa llegó a conocimiento de todos los habitantes de Jerusalén, de forma que el campo se llamó en su lengua Haqueldamá, es decir, Campo de Sangre. Pues en el libro de los Salmos está escrito: Quede su majada desierta y no haya quien habite en ella. Y también: Que otro reciba su cargo. Conviene, pues, que entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección".

Presentaron a dos: a José, llamado Barrabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Entonces oraron así: "Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido, para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse donde le correspondía". Echaron suertes y la suerte cayó sobre Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles» (Hch 1, 14-26).

En este relato se ve clara la conciencia de ser la continuidad de Cristo que aquella primera comunidad nos quiso comunicar: su asiduidad y concordia en la oración ¿Podía basarse en el trastorno dramático producido por los hechos que acababan de suceder? Lógicamente la pasión del Señor había causado más bien escepticismo y división, ¡cómo ocurre en la historia cada vez que desaparece el jefe de un grupo, el fundador de cualquier realidad! La asiduidad y la concordia en la oración se basaban en la confianza y en la experiencia de la presencia del Maestro. Y la prisa por restablecer el pequeño grupo de doce que Jesús había escogido, sustituyendo a Judas, revela la convicción de que eran portadores de una misión, testigos de un acontecimiento sin igual, vigilantes a la espera de un hecho, según la promesa de Jesús, que les daría fuerza «pasados pocos días» (Hch 1, 1-8).

Este no es el retrato de un grupo que haya sabido reorganizarse hábilmente tras unos golpes de fortuna adversa, sino el de un grupo que no se ha disuelto porque la causa de su unidad no les ha abandonado nunca.

Para ellos Jesús no es alguien que haya que recordar quizá con un propósito de fidelidad a sus palabras; es alguien de cuya presencia y operatividad se da testimonio, según las palabras de Pedro que de nuevo recogen los Hechos de los Apóstoles: «A este, Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con Él después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos al Pueblo, y que diésemos testimonio de que Él está constituido por Dios juez de vivos y muertos. De éste todos los profetas dan testimonio de que todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados» (Hch 10, 40-43).

Por un lado, nada ha cambiado desde cuando andaba por los caminos de Galilea haciendo milagros, perdonando los pecados y escandalizando a los doctores de la ley: Él sigue actuando como antes. Pero ahora se plantea un problema: el problema de la naturaleza de su continuidad en la historia. Y así es como surge el problema de la Iglesia, que esta ligado al problema mismo de Cristo.

El problema de la Iglesia, antes de ser abordado críticamente para evaluar lo que supone, hay que verlo en su raíz como continuidad de Cristo, tal como se planteó a los primeros que lo vivieron y tal como Jesús mismo lo planteó, una vez que toda su misión en este mundo consistió en hacer presente al Padre a través suyo. Después de haber venido, ¿cómo podía eludir al hombre que durante siglos y en todas las épocas le había buscado y le sigue buscando, y confiar su nombre y su obra a un simple aparato, a algo que no fuese Él mismo? Observa Jacques Leclercq: «Leyendo el Evangelio parece que Cristo estuvo sobremanera preocupado por evitar todo lo que pudiera perjudicar el carácter personal de sus relaciones con los discípulos. Manifiesta su antipatía por las largas fórmulas oracionales —in multiloquio—, y por el formalismo: su reacción contra los excesos del descanso sabático y contra la interpretación farisaica de la Ley; su religión es amor y don de sí; Él viene con su Padre al alma de los que se entregan; pone en ellos su morada»³ Así pues, se puede decir que normalmente «nosotros requerimos de la historia, exclusiva o principalmente, lo que sucedió antaño; pero para la tradición cristiana primitiva Jesús no es principalmente un personaje del pasado, sino el Señor presente en la comunidad, con su voluntad y con su palabra; es en verdad el Maestro de Nazaret, de Galilea y de la muerte en Jerusalén, pero es al mismo tiempo el resucitado, el portador de la salvación»⁴.

Pues bien, la presencia del Señor es lo que define todavía hoy el problema de la Iglesia. Por eso, antes de abordar mas detalladamente sus factores constitutivos, convenía reafirmar la conciencia del hecho que se nos propone a través de su primera aparición en la historia: la Iglesia se siente a sí misma como la comunidad de Jesús, el Mesías, pero no sólo por la adhesión de sus discípulos a los ideales que predicó, que en realidad todavía no captaban del todo, sino por su abandono a Él, vivo y presente

³ Jacques Leclercq, *La Vita di Cristo nella sua Chiesa*, p.108, Ed. Paoline, Alba 1953 (tr.cast. : Desclee de Brouwer, Bilbao 1964).

⁴ Luigi Moraldi, *Ricchezza perduta. Quale cristianesimo? Ricerche sui primi due secoli dell'era cristiana*, p. 122, Lionello Giordano Editore, Cosenza 1986.

entre ellos, tal como lo había prometido: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Y haciendo esto se adherían verdaderamente a lo que les había enseñado, a saber: que su obra no era una doctrina, ni una inspiración para llevar una vida más justa, sino Él mismo, enviado por el Padre como compañía para el camino del hombre.

Concluyendo, podemos decir que el contenido de la autoconciencia que tenía la Iglesia de los orígenes consistía en el hecho de ser la continuidad de Cristo en la historia. Por eso, cualquier análisis de detalle, cualquier paso para adentrarnos en este problema deberá servirnos para verificar o no esta raíz.

«El cristiano es ante todo uno que cree en la resurrección de Cristo, lo cual significa que Cristo es vencedor y vive, que nosotros podemos unirnos a Él viviendo actualmente, y que esta unión es la meta de nuestra vida. La resurrección de Cristo significa además que Jesucristo no es sólo el fundador de la Iglesia, sino que permanece en ella como cabeza invisible pero activa»⁵.

Las primeras comunidades expresaban lo que les daba consistencia y les mantenía unidos mediante fórmulas que los estudiosos llaman «confesiones de fe». «La fe es aquí siempre una fe cristológica, en Jesucristo (...) no es una fórmula abstracta, ni un fundamento innominado y profundo de la realidad, sino el Dios que ha hablado y actuado en la historia y destino de Jesucristo. El contenido de la fe es, pues, una persona, su obra y su destino»⁶.

⁵ J. Leclercq, *La vida...*, op. cit., p. 238.

⁶ Walter Kasper, *Introducción a la fe*, pp. 113-114, Ed. Sígueme, Salamanca 1976. Continúa Kasper Las primeras profesiones de fe de la comunidad primitiva expresan claramente esta conexión. Las primeras profesiones nominales son: "Jesús es el Señor" (Rm 10, 9; 1 Co 12, 3), "Jesús es el Cristo" (1 Jn 1, 22; 5, 1; 2 Jn 7); la fórmula más importante que acabó por relegar a todas las restantes es: "Jesús es el hijo de Dios" (1 Jn 4, 15; 5, 5; etc...). Junto a estas profesiones nominales (*homología*), el Nuevo Testamento conoce otras fórmulas verbales (formas fiduciales)... Entre estas se encuentra en primer lugar la confesión de que "Dios lo ha resucitado de la muerte" (Rm 10, 9; cfr. Hch 2, 24.32; 3, 15; etc. 1 P 1, 21; etc.). La más conocida y también la más importante es la profesión de fe de 1 Co 15, 3-5: "que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los doce". Pablo introduce una fórmula estructurada estróficamente y hace de ella el fundamento de su propia teología»